

# Kaes: aparato psíquico y significación en los colectivos

*Claudia Salazar Villava\**

El hombre está condenado a ser libre. Condenado, porque no se ha creado a sí mismo, y sin embargo, por otro lado, libre, porque una vez arrojado al mundo, es responsable de todo lo que hace.

J.P. SARTRE

SER CREADO, SER ARROJADO AL MUNDO y responder de todo lo que se hace, no son elementos que constituyen una secuencia dramática en tres actos, sino un movimiento incesante de afecciones recíprocas entre el mundo poblado por los otros con sus actos y los actos propios.

Se es responsable de lo que se hace sin que por ello se tenga control sobre las consecuencias de esos actos que, ni bien producidos, ya escapan al sujeto para transformarse impredeciblemente en la intrincada red oscura, compleja y densa de lo social. Si no podemos eludir la obligación de responder por lo que hacemos, tampoco podemos responder por lo que hacen los otros con ello.

El sentido de los actos no puede prescindir entonces, ni de la dimensión colectiva, ni de la dimensión singularísima del sujeto que los produce.

El dilema de la intervención —eje de nuestras reflexiones—<sup>1</sup> refiere a los actos que se originan con la decisión de interrogar a los otros y responder de esos mismos actos, con la interrogación de sí. La intervención establece un espacio en el que la interacción es constituyente de los actores, a quienes crea como tales y les demanda respuesta, responsabilidad,

\* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

<sup>1</sup> La autora desarrolla actualmente investigaciones sobre la intervención psicosocial en favor de la autonomía en los procesos colectivos.

mediante la creación incesante de vínculos en el contexto de un esfuerzo de elucidación para la acción colectiva autónoma.

Así pues, la intervención está sujeta a un marco normativo de interacciones cuya elucidación es justamente la de los vínculos y los proyectos que amparan esas interacciones. No hay vínculos ni proyectos que dejen de convocar de alguna manera la dimensión del deseo, ese que apunta en la dirección anómala del placer —placer de representación— que se inaugura en lo social y que se apuntalaría en una de pulsión por crear.

Puede plantearse entonces una pregunta tópica—a condición de mantener cuidadosamente su calidad de metáfora— tal como ¿dónde residen los vínculos que posibilitan las interacciones? ¿Forman parte del psiquismo del sujeto singular? ¿Están "afuera", como afirma Kaes, en el espacio intermedio-intermediario entre el sujeto y el otro?

Igualmente, puede plantearse una pregunta morfológica —¿cómo son?—, o mecánica —¿cómo funcionan?—, y no serán sino preguntas amparadas en metáforas para aprehender y visibilizar los indicios de la experiencia vinculante que da paso a lo común, lo colectivo.

El pensamiento psicoanalítico resulta una referencia imprescindible para abordar cualquier reflexión sobre el comportamiento humano, los vínculos y los procesos colectivos. Sin el horizonte que proporciona la reflexión sobre el inconsciente, el deseo, la constitución de la subjetividad y la dimensión simbólica de la experiencia, es poco lo que puede intentar elucidarse en el campo social. No obstante, el psicoanálisis aparece de manera ya clásica colocado en tres posiciones distintas y complementarias: como sistema teórico, como método de investigación y como intervención terapéutica, sin que cada una de estas posiciones tenga necesariamente la misma relevancia y el mismo potencial frente a las preguntas que nos planteamos.

En el presente artículo se exploran algunas de las reflexiones de Kaes, en el plano teórico, sobre los vínculos en lo grupal y lo institucional, que pudieran ser formas de aproximación a lo que en nuestro trabajo preferimos denominar *lo colectivo*.

## Metáfora e intento de elucidación

Todo intento de elucidación acerca de los procesos y acciones colectivas, como es la tarea de la intervención, entraña una serie de preguntas respecto de la relación entre los espacios psíquicos y la vida en común, que permiten referirse —según el alcance y la dirección de las preguntas planteadas— a las dimensiones de lo social, lo comunitario, lo institucional y, para algunos autores, a lo grupal. Ámbito de indagación en el que no hay preguntas sencillas ni objetos de conocimiento perfectamente delimitados.

Pobladas de brumas y enigmas, las relaciones sociales son interrogadas con los mismos elementos que las componen: tramas de significación que se amparan en marcos normativos precariamente fijados e inestables. El objeto de conocimiento, de cuyo ser tenemos evidencia ineludible e incesante en la propia experiencia de relación con otros, tiene no obstante, que *ser construido* para su aprehensión, en el intento mismo por capturarlo. De los procesos sociales tenemos evidencia sin que podamos directamente observarlos, como no sea a través de indicios. De las relaciones sociales, de los vínculos, tenemos evidencia, pero ¿cómo sabemos que están ahí?, ¿dónde están exactamente?, ¿cómo *sabemos* sobre ellas? Damos testimonio de sus efectos, de sus rupturas, de sus transformaciones, sin tener otro objeto distinto en su constitución que las mismas reflexiones con que intentamos comprenderlo.

Tratamos de entender aquello que hemos creado: un orden capaz de hacer inteligible la existencia dotándola de sentido, construyendo así un mundo antinatural, anómalo, a-funcional, instituido imaginariamente, un mundo cultural, como "ruptura con la continuidad de la naturaleza" (Mier, 2002).

Este es el territorio en el que la metáfora se constituye como elemento privilegiado de aprehensión y creación de inteligibilidad: los marcos normativos, los vínculos, las formas de organización, los pactos, han sido abordados desde construcciones muy diversas que hablan siempre indirectamente de lo que inventan y describen al mismo tiempo. Es, pero no es. Es, como si fuera...

Desde la metáfora complejísima que Marx inventa cuando denomina *condiciones materiales* al trabajo, la propiedad o las relaciones sociales (¿qué clase de materialidad es esa?), hasta la metáfora mecánica de Freud,

cuando describe un *aparato psíquico* estructurado en partes integradas en un funcionamiento ordenado por *principios*, con sus *tópicas*, que refieren a estos lugares imaginarios donde la función psíquica tendría lugar, lo social es aludido inevitablemente mediante una figura que es referencia ambigua, aproximación incierta a lo que representa.

Una de las posiciones más fecundas a estos respectos, la constituye el intento por abordar la experiencia del abismo, del caos y la oscuridad, que sería la ausencia de significación. En esos atisbos liminales, aparece el lenguaje mismo y con él, la simbolización y la creación de sentido, siempre perecedero, como drama que fuerza la creación constante frente al naufragio absoluto que representaría su imposibilidad.

Entre estos atisbos en el umbral último de lo pensable, la invención freudiana, deslumbrante, del inconsciente, de la pulsión, de los bordes de lo representable, de la no representación misma, ha dejado puesto un andamiaje desde el que es posible indagar la institución de la sociedad, tanto en la singularidad de los sujetos y los acontecimientos, como en el ámbito enigmático de lo que es común, de lo que es marco de referencia compartido, eso que llamamos lo instituido, con su inexorable perentoriedad que amenaza con volvernos al caos total.

Con el reconocimiento de la imposibilidad de un sujeto sin otros, de un sujeto sin que le precedan ciertos campos de significación, de sentido instituido, que sin embargo no le determinan en forma absoluta y le condicionan sin someter su impredecibilidad, la oposición *individual^colectivo* se evidenciaba absurda y era cancelada como construcción bipolar de términos contradictorios, ya desde la afirmación freudiana de que toda psicología no puede ser sino social.

Montados en esa creación poderosamente metafórica que es la teoría psicoanalítica, otros han proseguido las pesquisas y extendido sus repercusiones hacia zonas apenas insinuadas por el psicoanálisis en su versión originaria —una insinuación suele ser la forma de señalamiento más potente de un rumbo para seguir. Repercusiones en zonas que son justamente las que inaugura el pensamiento freudiano cuando encuentra la multideterminación de lo subjetivo, y allí, las relaciones intersubjetivas como la potencia de afección estructurante del sujeto y sus instituciones; al tiempo, propone la sublimación como la posibilidad del apuntalamiento pulsional de la cultura^TEslis zonas abren la posibilidad de

pensar las conexiones entre la pasión y lo político, como muestran los trabajos de Raymundo Mier; fundamentan la institución imaginaria de la sociedad, tesis central de Cornelius Castoriadis, o la metáfora del aparato psíquico grupal, propuesta por Rene Kaes.

Particularmente estos tres esfuerzos elucidativos en los que hacemos pie para esta breve consideración, hacen a su vez usos diversos, en ocasiones divergentes, del umbral inaugurado por el psicoanálisis, umbral del vértigo en el que la forja del pensamiento se alimenta con el magma quemante de lo irrepresentable.

De-pendemos —quedamos así, colgando de una posibilidad— de que las distintas figuras propuestas para el pensamiento sobre lo colectivo, sin ninguna garantía previa, muestren la fuerza metafórica necesaria para suscitar una experiencia de sentido que no se arraigue solamente en la razón, solamente en la intuición o solamente en la pasión, pues pese a la inmensidad de cada una de esas dimensiones, hacer sentido es una experiencia que convoca siempre a todas ellas bajo el mismo impacto de un relámpago de esclarecimiento. En ello no valen los prestigios ni los sitios de honor previamente conseguidos. Vale solamente la aventura singular de probar qué ilumina cada figura y todas ellas; qué penumbras permanecen intocables. Qué metáforas han sido desgastadas hasta convertirlas en reliquias, en evocación al mismo tiempo del sentido que inauguraron y de su muerte, por abuso, por agotamiento, por banalización, por vencimiento de su fecha de caducidad. Qué metáforas renuevan sus matices y conmueven cada vez de otra manera.

### **Los límites de lo grupal: entre acotar y cercenar**

Desde el reconocimiento de la irreductibilidad recíproca entre lo individual y lo colectivo, desde su colocación como términos mutuamente constitutivos, tensionados entre sí pero no antónimos, la búsqueda de posibilidades para producir conocimiento sobre las interacciones sociales aborda necesariamente prácticas en las que es posible observar un colectivo en acción.

El grupo como asunto se asienta firmemente en la discusión sobre lo social hacia la mitad del siglo XX. Los derroteros por los que diversos

investigadores llegan a esta circunstancia son extremadamente distintos, sin embargo, para los que provienen del trabajo psicoanalítico, especialmente cuando comprometen allí una práctica clínica, el grupo es, en principio, un dispositivo de intervención desde el cual, eventualmente, pueden observarse algunos aspectos del psiquismo de los participantes por vía de la transferencia; aspectos que revelarán ciertas peculiaridades relacionadas con el propio dispositivo, puesto que los vínculos desarrollados entre los participantes posibilitarán una reflexión más allá de lo esperado, más allá de lo estrictamente relativo al psiquismo de los sujetos. La relevancia de los aspectos organizativos, de relación con el mundo social que se hace presente a través del grupo y sus integrantes, del peso de lo cultural y los aspectos institucionales en esos colectivos artificiales, abrirán la reflexión hasta establecer ámbitos transdisciplinarios de interrogación bordeando la sociología, la antropología, la filosofía.

*YLpsicoanálisis aplicado al grupo* inicia así una trayectoria sinuosa y llena de dificultades, equipado metodológicamente casi de manera exclusiva con el instrumental de la práctica psicoanalítica y algunos derivados, para intentar explorar los efectos recíprocos entre las instituciones y el psiquismo de los sujetos. Este modo de exploración produce algunas zonas luminosas, particularmente las que se refieren al asunto de la identificación, de la angustia que provoca la caída de los marcos de referencia, la construcción de la *experiencia* en común o colectiva, de la inclinación de los grupos a la negatividad respecto de sus instituciones, pero produce también otras zonas de profunda penumbra. Advierte la dimensión de lo político pero puede hacerse muy pocas preguntas al respecto; pocas preguntas sobre el efecto de su propio lugar—el del psicoanalista—en el grupo, el efecto de sus interpretaciones sobre el mismo, del marco normativo que el propio dispositivo psicoanalítico y la intervención misma insertan en la vida de los sujetos. El proyecto de los psicoanalistas respecto del trabajo con grupos, con demasiada frecuencia deja afuera de sus preocupaciones, interrogantes alrededor de la cooperación, la acción colectiva, la solidaridad, el dominio y—como interpelara Derridá—sobre la crueldad en la sociedad contemporánea.

En este marco, el trabajo desarrollado por Kaes en la llamada *escuela francesa de psicoanálisis aplicado al grupo* concentra su reflexión sobre el grupo sin desprenderse nunca de los conceptos y las metáforas freudianas

más poderosas. Se le presenta, sin embargo, como problema reconocido por él mismo, la complejidad con la que está tratando al abordar el grupo como objeto de estudio y enfrenta el impulso a reducirla volviendo a todos sus elementos como la misma cosa, ignorando sus complicadas afectaciones recíprocas o simplemente construyendo una posición dominante para una de sus dimensiones, a la que habrán de subordinarse las otras.

El problema mayor que a mi parecer se plantea en la existencia grupal y en el estudio de los grupos es el de la relación y la articulación entre las dimensiones del fantasma y del proceso. Se puede estudiar esa relación en términos de coincidencia o de diferencia. La hipótesis que propongo es la de que tanto la experiencia *como el estudio de los grupos* oscilan entre una tendencia a volver isomorfa la representación inconsciente del objeto, el modelo sociocultural de referencia, la base material de agrupamiento y el proceso grupal y una tendencia a desunirlos, a ocultar su existencia y sus vinculaciones, o a desplazar una de esas dimensiones sobre la otra [Kaes, 1977:31].

Este problema no puede resolverse con el *argumento para-metodológico* del acotamiento de un problema de investigación, en la necesidad de definir su objeto de estudio y renunciar a la aspiración ilusoria del conocimiento total. Kaes mismo no acude a ese argumento y deja vigente el problema que le desafía. En todo caso, el problema que reconoce explícitamente interroga quizás a las categorías con las que lo aborda, a su propio acto de desplazamiento del grupo como objeto psíquico por encima de las otras dimensiones. Interroga la posibilidad —que por fuerza desborda su proyecto— de ir *más allá* de una *aplicación* del psicoanálisis, es decir, ir al *debate* del psicoanálisis con otras construcciones teóricas y metodológicas. Al final de su obra *El grupo y el sujeto del grupo*, Kaes precisa:

Aun si la invención psicoanalítica del grupo comienza por ser una aplicación del método y de algunas hipótesis o de algunos conceptos del psicoanálisis, no ha sido nunca únicamente un psicoanálisis aplicado. La razón de ello es que la invención del grupo como dispositivo metodológico con miras a la investigación y al tratamiento por el psicoanálisis de los fenómenos psíquicos, dota al debate teórico sobre los postulados o las hipótesis de Freud concernientes a la

realidad psíquica intersubjetiva, especialmente en los conjuntos institucionales y los grupos restringidos, de un dispositivo y un corpus radicalmente nuevo [1995:375].

El trabajo de Kaes con colectivos terminará interrogando los límites mismos del psicoanálisis.

El *grupo* como concepto, es decir, rebasando las fronteras simples de la descripción grosera y equívoca, que no dice en realidad nada, ni ilumina ninguna posibilidad de comprensión ("un conjunto de personas interaccionando con una misma finalidad"), cuando alude a *logrupal*, a la incertidumbre sobre aquello que les es propio a esas reuniones de personas, que no tiene otra posibilidad de ser presentado en sus avatares sino mediante las aproximaciones indirectas y ambiguas del lenguaje metafórico, es una construcción peculiar sobre un tipo de experiencia de los vínculos y las interacciones.

La palabra *grupo* que se origina en una expresión italiana que designa nudo, anudamiento, se desliza hacia ámbitos más abstractos, cuando en álgebra designa "un conjunto de elementos de la misma naturaleza *provisto de una ley de composición interna que verifica determinadas propiedades*" (Larousse, 2002; cursivas mías). Es en estos términos que se espera que, en tanto grupo, un conjunto de sujetos a quienes *anuda* quizás una tarea o un proyecto —sea éste autónomo o heterónimo—, muestre algún tipo de regularidades comunes a los conjuntos constituidos por sujetos alrededor de un quehacer específico, regularidades que permitan metaforizar respecto de sus propiedades o determinaciones —principios o leyes— que muestren un grado de generalización posible.

Es la apuesta de Kaes. Ofrecer *elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*, que presupone el grupo como objeto transhistórico cuyas propiedades pueden ser establecidas dentro de un cierto marco regulativo más o menos observable y coherente.

Es preciso entonces problematizar la noción de grupo, considerando qué regularidades son susceptibles de descubrimiento o formulación en el estudio de un objeto que, en su materialidad, necesariamente se constriñe a las condiciones históricas en las que es posible su existencia. ¿Cuáles son las constantes que regularían alguna dimensión del comportamiento del grupo? ¿Son esas constantes, específicas de lo grupal? ¿Lo grupal es



equivalente a lo colectivo? ¿Cuál es su diferencia? Estas preguntas apuntan a establecer un peso específico del ámbito de lo histórico con relación al problema planteado y a sugerir que esas constantes no podrían ser efectivamente otra cosa que metáforas, en el mejor de los casos capaces de dotar de sentido ciertos fenómenos de la experiencia humana en colectividad, resignificando diferentes momentos de la historia, a la luz de una figura que, en realidad, apuntaría a la *construcción* de formas de organización de lo colectivo. Por ejemplo, los grupos en la construcción de la autonomía, los grupos en el reconocimiento del otro, etcétera.

Por ello, estaríamos obligados a preguntarnos: ¿en qué condiciones materiales, históricas, culturales se verificarían esas regularidades?, ¿el grupo "se comporta" de alguna forma en particular?, ¿es sujeto de comportamiento?, ¿formulaciones como el *aparato psíquico grupal*, el *comportamiento del grupo*, el *fantasma del grupo*, los *momentos* característicos del grupo, a la manera de las fases del desarrollo psíquico, son construcciones que aluden a alguna forma de materialidad de los vínculos?

El grupo, como sinónimo de colectivo, no satisface la heterogeneidad de preguntas que la idea de colectivo puede producir y ha producido de hecho, desde distintos campos de conocimiento; el grupo como *una forma de lo colectivo*, estaría entonces acotado a unas condiciones de espacialidad y temporalidad específicas, a un contexto particular en el que además, el grupo con el que se trabaja psicoanalíticamente constituye un *tipo de grupo* específico, cuyas peculiaridades pueden eventualmente diferir de las peculiaridades de otros agrupamientos construidos y analizados desde otra perspectiva, pero particularmente, por cuanto *no se reúnen con el fin de considerar la dimensión inconsciente de los vínculos que les unen*.

Así, al acotar la noción de grupo desde la perspectiva psicoanalítica, de entrada queda cercenada una diversidad de lecturas respecto a lo grupal que escapa a las posibilidades del dispositivo grupal psicoanalítico. No obstante, ello no impide que algunas de las consecuencias de los estudios enfocados de esta manera, puedan colocar interesantes elucidaciones que refieren a la experiencia de lo colectivo, más allá del dispositivo en cuestión.

En la construcción de la noción de grupo en Kaes ya se establecen claramente las acotaciones que marcarán el límite, que será desbordado después por sus propios hallazgos.

"Grupo" designará de hecho, en esta obra, la forma y la estructura paradigmáticas de una organización de vínculos intersubjetivos, bajo el aspecto en que las relaciones entre varios sujetos del inconsciente producen formaciones y procesos psíquicos específicos [Kaes, 1993:20].

Ya en esta expresión se afirma la posibilidad de *uniforma y estructura paradigmáticas* en la organización de vínculos intersubjetivos y se coloca la mirada desde las lentes denominadas *sujetos del inconsciente y procesos psíquicos específicos*. Más adelante Kaes agrega:

Grupo designará también la forma y la estructura de una organización intrapsíquica caracterizada por las ligazones mutuas entre sus elementos constitutivos y por las funciones que cumple en el aparato psíquico [ibid.:20].

Con ello, coloca la posibilidad de hacer aparecer los efectos de la experiencia de los vínculos como la construcción de un objeto psíquico a través del que se representa la intersubjetividad en el psiquismo del sujeto. En este aspecto, la precisión de Kaes resulta en una primera metáfora, en la que el aparato psíquico del sujeto sería un grupo. Es decir, hablamos de un sujeto habitado en su psiquismo por una heterogeneidad de elementos que se encuentran vinculados de manera compleja pero que constituyen una forma de totalidad.

Finalmente, Kaes abre la dimensión metodológica de la noción de grupo, presentándolo como dispositivo de investigación y tratamiento, cuyo ámbito específico de acción lo constituyen las formaciones de la realidad psíquica que tendrían lugar en un grupo en su primera acepción.

En un tercer sentido, grupo designa un dispositivo de investigación y tratamiento de los procesos y formaciones de la realidad psíquica que participa en la reunión de sujetos en un grupo [ibid.:2].

Al reunir estos tres aspectos hace presencia de manera contundente la teoría psicoanalítica como marco normativo que regula la investigación desarrollada por Kaes y que anticipa los límites de sus formulaciones, así como la posibilidad para salir de esa frontera, particularmente por el

camino de la cuestión institucional y la brecha abierta por Freud mismo en el planteamiento de la dimensión social de la psicología. Para encarar esa tarea Kaes debe hacer un deslinde respecto de otros objetos de indagación que le son ajenos, si bien aparecerán de alguna forma cuando aborde la cuestión institucional.

El objeto primero del análisis *no son las formaciones sociales, culturales y políticas sino sus efectos*, y sólo en la medida en que se traducen en el campo de la realidad psíquica [Kaes, 1993:21] [cursivas mías].

Queda así planteada una relación de causa y efecto entre las formaciones sociales, culturales y políticas y su impacto sobre la realidad psíquica, pero ¿será posible aludir a un efecto sin, necesariamente, hacer alguna conjetura respecto de la *causa?*., ¿cómo reconocer esos efectos en tanto tales? La prevención que Kaes intenta hacer, delimitando la especificidad de su trabajo, sólo muestra la porosidad de las fronteras entre los intentos de conocer la experiencia humana. Cuando se dice "no voy a referirme a esto", paradójicamente se está haciendo una referencia que atrae inevitablemente aquello excluido a la consideración. Así, el trabajo de Kaes plantea en momentos bordes imposibles y la evocación por ausencia de pensamientos o propuestas dirigidas justamente allí. En *Realidad psíquica y sufrimiento en las instituciones*, Kaes bordeará constantemente la frontera entre los aspectos sociales, culturales y políticos y los aspectos psíquicos. Cabe preguntarse respecto de aquella precisión, ¿cuál es el *campo de la realidad psíquica*?. ¿No es el sujeto mismo?

Hay para Kaes una realidad psíquica en el grupo que es distinta del psiquismo individual de los participantes, que muestra características propias y que tiene funciones diferenciadas. Esta realidad psíquica solamente aparecería en la situación grupal y corresponde a un espacio intermedio que se construye mediante la vinculación de los sujetos, propiamente en los espacios intrapsíquicos o intersubjetivos.

Esta realidad para Kaes puede considerarse un *aparato psíquico grupal*, lo cual es una metáfora sobre la metáfora freudiana del aparato psíquico. Se forma, según Kaes, por funciones y procesos asociados y estructurados entre sí *que no se producirían fuera de una relación de grupo*. Ello le permite pensar que "se forman espacios psíquicos grupales producidos por los aportes

de los miembros del grupo, por la ligazón de esos aportes, por aquello que debe crearse o suscitarse ya en virtud de que el grupo existe con independencia de sus constituyentes singulares" (*ibid.*:2).

Para Kaes puede pensarse entonces en un tiempo grupal, en unos mecanismos de defensa grupales, en pensamiento grupal, lógica grupal, ideal grupal, etcétera. Asentada esa posibilidad, Kaes propone: "el problema teórico del grupo es la posición del inconsciente en los espacios grupales intrapsíquicos intersubjetivos" (*ibid.*:22).

Insistentemente, afirmará que no hay tal cosa como un *inconsciente grupal* y que la represión es una función exclusiva del aparato psíquico individual. En lo grupal habrá en todo caso una especie de pre-consciente donde permanecerán algunos elementos excluidos de la conciencia del grupo. Sin embargo, ocurrirá alguna forma de transmisión de contenidos inconscientes entre los miembros de un grupo. Desde luego cabe preguntarse por el uso de la figura *aparato psíquico* como evocación freudiana, cuando ese aparato, en su versión grupal, carece de la instancia que originó la metáfora psicoanalítica, es decir, el inconsciente.

Sin embargo, la sugerencia sobre la transmisibilidad de los contenidos inconscientes entre los sujetos sigue siendo una cuestión de interés para aproximarnos al asunto de lo colectivo. Freud había aludido a esta cuestión en diversos momentos de su obra, refiriéndose al vínculo de la madre con el niño, a la contagiosidad de ciertos fenómenos como el olvido de nombres, la transmisión intergeneracional de los mitos arcaicos, etcétera.

Sin asumir la idea de *aparato psíquico grupal* estrictamente, consideramos que hace referencia a un ámbito de representaciones compartidas de cuyas formas de construcción puede hallarse indicios en la situación grupal, y que aludirán justamente a la posibilidad de creación de significados, que no pueden ser tales sino a condición de que sean varios sujetos quienes participen de su inteligibilidad.

Lo que para Kaes es evidencia de una estructura y funciones psíquicas que no radican en el sujeto individual, parece evidencia de la fuerza normativa del lenguaje como organizador de la experiencia de estar frente a otros, con otros, sin otros, sucesiva o alternativamente.

Eventualmente, las funciones del aparato psíquico grupal nos refieren a la creación de sentidos, que por singulares o individuales que parezcan, están siempre soportados en una trama de significaciones que es por

definición social. Este espacio peculiar del grupo, donde los significados adquieren matices propios, se nos presenta privilegiado para testimoniar la construcción de sentido que entraña la participación de dimensiones pasionales, racionales e intuitivas, de la experiencia de los sujetos, así como un trabajo del pensamiento contrastado constantemente con los otros para producir los mínimos consensos que permitan la evocación de algo común.

Este trabajo en colectivo, que para Kaes se relaciona con mecanismos de defensa grupales, defiende justamente del abismo que constituye la pérdida de sentido, la ausencia de significación, cuya anticipación se halla en el trabajo freudiano en la noción de irrepresentabilidad y se sitúa en la experiencia de indiferenciación de lo que en ese momento se formula como la diada formada por la madre y el neonato. Castoriadis lo denominará *mónada*., para ser consecuente con la idea de indiferenciación radical. Como razón de ser de las funciones psíquicas puede colocarse el pensamiento, que no puede ser producido sin la participación colectiva, pues sin ella estaría irremediamente reducido a la condición de delirio.

Más radicalmente, nos vemos enfrentados al pensamiento de que una parte de nuestro sí mismo está "fuera de sí" y que precisamente eso que está "fuera de sí" es lo más primitivo, lo más indiferenciado, el pedestal de nuestro ser, es decir, tanto aquello que literalmente nos expone a la locura y a la desposesión, a la *alienación*, como lo que fomenta nuestra actividad creadora [Kaes, 1996:16].

Quizá podemos pensar que las observaciones que derivamos de la reflexión sobre la tesis de Kaes exceden lo grupal como dispositivo artificial, pues pueden referirse a los *procesos colectivos*, que en términos generales aluden a un ámbito a la vez más complejo y más amplío, por cuanto renuncia al control sobre el fenómeno y sus condiciones de aparición, que pretende la noción de dispositivo.

Por otra parte, Kaes había concluido, al final de su tesis sobre el aparato psíquico grupal de 1976 (publicada en español en 1977):

El dispositivo técnico que instituye un equipo de intérpretes para el trabajo psicoanalítico en los grupos, en las instituciones y en las familias me parece que garantiza del mejor modo posible las

condiciones del trabajo, ya que recae en la necesaria relación entre cada cual, entre el equipo y el grupo, entre sus respectivas correlaciones y adecuaciones. Un trabajo de esta índole, que es el análisis intertransferencial, encuentra, creo, un fundamento teórico en la hipótesis que he intentado formular, al interrogar dentro del proceso grupal a la eficacia de las representaciones del objeto-grupo [1977:335].

Este último párrafo de aquel texto, señala una circunstancia insólita que pone a trabajar el resto de su propuesta metodológica desde parámetros completamente novedosos, al menos para la perspectiva psicoanalítica. Kaes opone a un grupo otro grupo, al que denomina equipo de intérpretes, y presenta la posibilidad de un análisis *intertransferencial*, que al menos como intento de elucidación —si no de análisis rigurosamente— coloca la investigación en un espacio de diálogo donde el papel del analista en tanto tal queda radicalmente desestabilizado por la misma idea de lo intertransferencial. Si bien Kaes pareo: no percatarse, ha insinuado un movimiento desde la escena más canónica del acto psicoanalítico, a una manera más etnográfica —podría decirse— del encuentro entre los investigadores (grupo que no se reconoce como grupo) y los investigados (intérpretes que no se reconocen como intérpretes), ambos con referencias regulativas heterogéneas, cuya afección recíproca desborda las categorías mismas construidas desde una posición ilusoria que pretendía escapar a los procesos de identificación y reconocimiento o denegación de la diferencia, del otro como tal.

Ahí, la cuestión de la técnica figura como el anclaje de una ilusión de control sobre este encuentro de dos grupos en una sucesión de interrogaciones y representaciones mutuas. Este desliz convoca obligadamente el argumento presentado por Castoriadis respecto del intento de producir fórmulas de garantía en el proceder psicoanalítico, que se filtra una y otra vez en la búsqueda de las leyes que gobiernan los procesos subjetivos, búsqueda sometida a su vez, en consecuencia, a un intento de reglamentar las condiciones que garanticen la indagación.

En cuanto a la "técnica", el término, fantástico abuso del lenguaje, contiene ya en germen todas las corrupciones posibles de la práctica analítica. Una técnica es un código prácticamente completo de

prescripciones *positivas* acerca de lo que debe hacer y no hacer asegurando la obtención de un resultado limitado, definido y delimitado con una probabilidad que tiende a 1. Una cosa tal no existe ni existirá jamás en psicoanálisis. Los textos llamados "técnicos" no contienen y no *pueden* contener nada *seguro* sobre la práctica concreta del análisis, excepto algunas consignas negativas y algunos principios de inspiración; la transformación de éstos en prescripciones positivas conduce a simplezas inutilizables o a futilidades [Castoriadis, 1986:41].

Casi veinte años después de *El aparato psíquico grupal*, Kaes encara la revisión de aquella tesis y amplía su alcance, se pronuncia respecto de la cuestión metodológica con una actitud mucho más dispuesta a la incertidumbre y a la fragilidad posible de sus propias construcciones. Afirma:

Como dispositivo metodológico, el grupo es una construcción, un artificio; se subordina a un objetivo determinado que no podría alcanzarse con los mismos efectos de otra manera [...] la teorización del grupo como dispositivo metodológico sigue siendo todavía insuficiente [1993:21].

En ese mismo trabajo se coloca frente a las fronteras y las caducidades del psicoanálisis en su historicidad. Para 1993 concluye:

Si el objeto se construye con el método, el método produce un recorte del objeto teórico, y por lo tanto un resto. Eso es ineluctable. La cuestión central se refiere a las transformaciones inducidas en la teoría por los conceptos derivados de estas prácticas [1993:377].

En estas transformaciones se encontraría una confrontación de las realidades sociales y psíquicas de la actualidad y las posibilidades de pensarlas o no, desde los conceptos renovados del psicoanálisis. Tal tarea está, en palabras del propio Kaes, aún por hacerse.

Por debajo de este debate —esto es justamente lo que le da su peso— la cuestión del grupo insiste de otra manera: hoy, como en la época

de Freud —y su obra continúa marcada por esto—, la cuestión del grupo insiste en el malestar de la cultura y de la sociedad modernas. Esta insistencia, cuyos determinantes son de orden extra-psíquico, no puede dejar de producir eco y transcripción en el campo del psicoanálisis, aunque sólo fuera porque el psicoanálisis ha llegado a ser, por fortuna o por desgracia, una expresión de la cultura y de la sociedad modernas [1993:377].

Con esta inflexión, el orden extra-psíquico queda colocado como determinante que envuelve el conjunto del planteamiento psicoanalítico sobre el psiquismo individual. La búsqueda de regularidades y el trabajo de construcción de una teoría psicoanalítica del grupo, no serían entonces el valor principal del trabajo kaesiano, sino por el contrario, sería, por una parte, su capacidad de topar con lo que Castoriadis denominara el *magma social de significaciones*, por cuanto es capaz de centrar su atención en los procesos en los que se construye o se pierde una cierta experiencia, como experiencia colectiva; por otra parte, la posibilidad de afrontar esta experiencia mediante la confrontación de dos colectivos regidos por marcos normativos diferentes y puestos a actuar simultáneamente.

Su aproximación al límite oscuro donde se produce la necesidad de dotar de sentido a la experiencia, que es ese magma como apuntalamiento de *la pulsión de significar* se aprecia especialmente en las reflexiones de Kaes respecto de lo institucional.

### **La institución y el marco normativo.**

#### **Consideraciones brevísimas**

Dice Kaes: "esta externalización de un espacio interno es la relación más anónima, violenta y poderosa que mantenemos con las instituciones. Es constituyente de los espacios psíquicos comunes que son coextensivos a los agrupamientos de diversos tipos" (1996:16).

¿Se trata de la externalización de algo interno?, ¿no será posible que se trate justamente de la evocación de lo que antecede al sujeto a la manera de la mónada castoridiana, por cuanto el propio Kaes refiere esta experiencia con las instituciones, a la experiencia de la madre? En ese



sentido la externalización de algo interno va precedida por una suerte de *internalización* de una exterioridad caótica y sin sentido.

Para el psiquismo, la institución está, como la madre, en el trasfondo de los movimientos de discontinuidad que instaura el juego del ritmo pulsional y de la satisfacción. Se confunde con la experiencia misma de la satisfacción. Es esta una de las razones del valor ideal y —necesariamente— persecutorio que asume tan fácilmente [Kaes, 1996:45].

Sin embargo, la *institución* se relaciona con estos momentos de discontinuidad justamente por cuanto puede ser creada y destruida. Para Castoriadis *institución*, como acto, es creación y destrucción al mismo tiempo, por cuanto la creación es destrucción de lo precedente y ocurre en virtud de lo imaginario que antecede y da potencia, que *apuntala* la posibilidad de creación simbólica, a la manera en que la pulsión es apuntalamiento para la psique, como "relación arbitraria de afección recíproca" (Mier, 2002). En ambos autores —Kaes y Castoriadis— la institución no quedará nunca fuera del ámbito de afección del sujeto [...] "la institución como sistema de vinculación en el cual el sujeto *es parte interviniente y parte constituyente*" (Kaes, 1996:17; cursivas más).

No obstante, para Kaes:

La posición tópica y funcional de este espacio psíquico institucional interno-externo es comparable a la de la pulsión. Se trata de dos conceptos-límites que articulan, por vía de apuntalamiento, el espacio psíquico de sus dos bordes heterogéneos: el borde biológico, que la experiencia actualiza, y el borde social, actualizado por la experiencia institucional [1996:17].

Ese *borde social* aludido evoca el reconocimiento de la presencia del otro, que obliga a la creación de un campo normativo para preservar el vínculo, puesto que de otra forma "el desbordamiento del deseo, la afección y la voluntad, librados a sí mismos implicarían la destrucción del vínculo social" (Mier, 2002). En ese sentido, la relación tiempo-institución en la *duración*, es una modalidad de darse la aprehensión colectiva del tiempo que sostiene la persistencia de las instituciones. Lo instituido, es decir, la

institución en el sentido en que la trata Kaes, para Castoriadis —en la lectura de Mier— será la fijación, la repetición y por lo tanto el síntoma.

La institución también evoca el caos originario en la ausencia de reconocimiento del otro, con respecto a la inexistencia de lo social; en ese sentido, refiere al mito fundante de lo social, que Freud establecía en *Tótem y tabú*, que mencionaremos más adelante. Como regulación de las relaciones instituidas de manera autónoma, la posibilidad de la reflexión del sujeto y del colectivo respecto de sí, es condición necesaria.

Atribuye Kaes a las instituciones un trabajo que para Castoriadis es propio de la creación del orden simbólico y que pertenece por ello a la dimensión de lo colectivo en cuanto a acción, lo que no revela necesariamente una tópica psíquica externa al sujeto. Ese trabajo de *pensar* estaría vinculado a la autonomía como condición de posibilidad, insistimos, en la creación de sentido, solamente por cuanto pensar es una capacidad reflexiva metaregulatoria.

Este trabajo colectivo de pensar cumple una de las funciones capitales de las instituciones, consistente en proporcionar representaciones comunes y matrices identificatorias: proporcionar un estatuto a las relaciones de la parte y el conjunto, vincular los estados no integrados, proponer objetos de pensamiento que tienen sentido para los sujetos a los cuales está destinada la representación y que generan pensamientos sobre el pasado, el presente y el porvenir; indicar los límites y las transgresiones, asegurar la identidad, dramatizar los movimientos pulsionales [Kaes, 1996:17].

En ese aspecto, el sentido de los objetos de pensamiento, la misma metáfora del porvenir, o la invención del pasado y la representación imaginaria del presente, como el aseguramiento de la identidad, serán construcciones imaginarias, producto de una actividad de creación simbólica dirigida a la preservación de los vínculos, de la relación con los otros que son condición de existencia del sujeto.

Kaes alude —como es necesario— a la obra freudiana *Tótem y tabú*, como indicación de una dimensión social condicionante de lo humano y preexistente al sujeto, por la vía de lo mítico. Esta alusión resulta en una apertura a lo social como objeto del pensamiento psicoanalítico en Freud. Para Castoriadis:

El mito de *Tótem y tabú* es también y sobre todo *político*; apunta a hacer pensable, en términos psicoanalíticos, la institución de la sociedad como sociedad *entre iguales*, esa misma sociedad de la que Freud dice en esa misma obra, que es la realidad [1986:31].

De ello quizá pueda desprenderse que la heterogeneidad de la institución respecto del campo psicoanalítico, que desde luego, en nuestra perspectiva, no proviene de ninguna especificidad regulatoria de ese campo que carecería en todo caso de regularidades suficientes como para establecer leyes, como Kaes supone, esa heterogeneidad es una miopía construida en la segmentación disciplinaria de la construcción del saber. Dice Kaes:

Una dificultad específica para incluir la institución como objeto posible en el campo del psicoanálisis depende del hecho de que ella es un objeto heterogéneo respecto de ese campo —como en su lugar propio el mito o el arte— y obedece a leyes propias de su orden [1996:24].

Suposición que eventualmente puede provenir de lo que Castoriadis llamara "la paradoja profunda de la creación freudiana", en sus propias palabras:

La paradoja profunda de la creación freudiana es que devela y saca a la luz la imaginación radical, la indeterminación creadora como el elemento mismo de la psique y que *al mismo tiempo* atrapada en la metafísica socio-histórica dominante, permanece sometida a la ilusión de que, algún día, podría proporcionar la "teoría" exhaustiva de esta psique [Castoriadis, 1986:52].

Una reflexión crítica de la obra de Kaes conduce inexorablemente al planteamiento de la ruptura necesaria con las fronteras de un psicoanálisis canónico y sus instituciones, extraviado en la repetición de sus principios y alejado de las discusiones que pueden fertilizarlo.

El propio Kaes concluye su libro *El grupo y el sujeto del grupo* (1995), aludiendo a la necesidad de responder ahora al malestar que experimentamos respecto de nuestra cultura contemporánea. Para Castoriadis:

Lo que el psicoanálisis puede y debe hacer es elucidar el proceso mediante el cual pueden cobrar existencia y sentido para la psique

esos objetos/no objetos que son el pensamiento, la actividad, el otro como ser autónomo, una colectividad efectiva, la institución como tal. O sea, no solamente el apuntalamiento de la creación socio-histórica sobre la psique singular, sino la *savia* psíquica constantemente aportada por ésta a aquélla [1986:65].

Más que una heterogeneidad de la institución como objeto respecto de la reflexión psicoanalítica, las indagaciones de Kaes remiten a una interrogación acuciante planteada por Jacques Derridá en los Estados Generales del Psicoanálisis convocados en Francia en el año 2000.

En esa ocasión, Derridá cuestionaba sobre el mutismo del psicoanálisis respecto al malestar en nuestra cultura contemporánea, haciendo referencia al asunto ineludible, omnipresente de la crueldad, cuando preguntaba:

¿Hay en cuanto a lo político, a lo geopolítica, a lo jurídico, a lo ético, consecuencias o al menos enseñanzas a obtener de la hipótesis de una irreductible pulsión de muerte que parece inseparable de lo que llamamos tan oscuramente la *crueldad* en sus formas arcaicas o modernas? [2000:44].

Si pensar los grupos remite a pensar las instituciones, que a su vez obligan a una reflexión sobre ellas como creaciones colectivas, y a continuar interrogando sobre lo colectivo en todas sus manifestaciones, creemos, con Derridá, que el psicoanálisis está impelido a responder.

## Bibliografía

- Castoriadis, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 1, "Marxismo y teoría revolucionaria", Tusquets, Barcelona.
- (1989), *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. 2, "El imaginario social y la institución", Tusquets, Barcelona.
- (1998), *Los dominios del Hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona.
- (2001), *Figuras de lo pensable*, FCE, Buenos Aires.
- (1992), *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*, Nueva Visión, Col. Psicología Contemporánea, Buenos Aires.

- Derridá, Jacques (2001), *Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad*, Paidós, Col. Espacios del Saber, núm. 23, Buenos Aires.
- Kaes, Rene (1995), *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1992), "Realidad psíquica y sufrimiento en Psicoanálisis", en *La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos*, Paidós, Buenos Aires.
- (1977), *El aparato Psíquico Grupal. Construcciones de grupo*, Gedisa, Barcelona.
- Mier, Raymundo (2002), "Seminario sobre la noción de imaginario en Castoriadis" (inédito), UAM-Xochimilco, México.
- (2002), "El acto antropológico. La intervención como extrañeza", en revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 18/19, UAM-Xochimilco, México.
- Quevedo, Amalia (2001), *De Foucault a Derridá. Pasando fugazmente por Deleuze y Guattari, Lyotard, Baudrillard*, Ediciones Universidad de Navarra, Serie Filosofía, Navarra.